

—¡Majestad!

—Enviad un ayudante à línea, que pregunte por el coronel. Salió el príncipe y à pocos momentos se escucharon los pasos de un caballo.

El coronel venía por las horadaciones.

El ayudante no podía encontrarle.

Los acicates del jefe del regimiento de la emperatriz resonaron en el pavimento de los claustros.

La puerta de la celda se abrió.

El coronel, pálido y demudado, y con la frente cubierta de sudor, se presentó à Maximiliano.

—¡Hablad, coronel!

—Señor, el general Escobedo no puede acceder à las pretensiones de V. M.

—¿Lo visteis personalmente?

—Personalmente en su cuartel general.

—Está bien, dijo el archiduque; y saludó al coronel y à los que le acompañaban.

Estos abandonaron la celda del Emperador.

Maximiliano se arrojó en su lecho lleno de desesperación.

La bujía se iba extinguiendo pausadamente.

Pasaron dos horas.

Aquel hombre infortunado tembló de hallarse frente à frente de su destino.

Levantóse agitado, dirigiéndose à la ventana de la celda.

El aire de la madrugada azotó su frente calenturienta.

Levantó sus ojos al cielo, enclavijó sus manos y de su alma se desprendió una plegaria.

Solo como un náufrago sobre el roto madero de la perdida nave, veía el lejano horizonte de su porvenir envuelto en las tempestades de la tribulación.

Al asomarse al abismo que se abría à sus piés, tembló falto de aliento y pidió al cielo misericordia.

Dobláronse sus rodillas vacilantes; llevó sus manos al corazón, que se agitaba terriblemente; inclinó su cabeza, y comenzó à llorar como el Cristo en el Jardín de los Olivos, como Hernán Cortés en las tinieblas de la *noche triste*.

Lloró, como lloran los desgraciados en el último puerto de de las angustias humanas.

Su imaginación buseó los purísimos horizontes de su pasada existencia.

Veía el cielo siempre hermoso de su niñez, aquellas horas apacibles de sus primeros años en que la vida le sonreía y el porvenir le coronaba con el iris bellissimo de las ilusiones y los ensueños del alma.

Después le pareció respirar el ambiente embalsamado de as flores encantadas de Miramar.

Sentía la sombra de aquellos árboles, oía el ruido de las

fuentes, y à lo lejos el ruido monótono del Océano y los cantos de los marineros.

El archiduque se estremeció como un epiléptico.

Acababa de pasar por su cerebro una imagen sombría.

La imagen de aquella mujer desgraciada, de la pobre loca, con el cabello suelto, los labios cárdenos, la mirada extraviada, rasgadas las vestiduras, y lanzando en el silencio de la noche las nerviosas y extridentes carcajadas de la demencia!

Aquel hombre apuraba gota à gota el amargo cáliz de las vicisitudes.

Levantóse del suelo, limpió su frente empapada por un sudor helado, enjugó su llanto, y al ir à entrarse en el lecho, oyó un rumor extraño que lo hizo estremecer.

Sonaban algunos tiros cercanos, tropel de caballos, ruido de armas, y voces de alarma.

Pasos precipitados se escucharon por los claustros.

Quedóse un momento en expectativa después de ceñir su espada, y con la mano sobre la cerradura de la puerta.

Unos toques violentos, dados por una mano convulsa, se dejaron oír.

Maximiliano abrió la puerta y se encontró frente à frente de un hombre en cuyo rostro se pintaban las señales marcadas y palpitantes del terror.

Aquel hombre era el coronel.

CAPITULO VIGESIMOPRIMERO.

MI REINO POR UN CABALLO.

I.

En los diferentes reconocimientos practicados por las fuerzas republicanas, se había notado que el fuego de la plaza era poco nutrido, y que no se prodigaba como en los primeros días.

Los desertores declaraban que el parque estaba al consumirse, y que los soldados se morían de hambre y de fatiga.

El día 14 se habían pasado los sitiados en un número considerable al enemigo, y todo auguraba el final del sangriento drama de Querétaro.

Escobedo se resolvió à apresurar el desenlace; llamó al general Vélez, joven valiente y atrevido hasta la temeridad.

Vélez era el hombre á propósito para un golpe de audacia. Se trataba de una sorpresa.

Hay quien dude en la elección sobre dar un asalto á pecho descubierto bajo el fuego del enemigo, lanzándose á un parapeto; ó ir personalmente sorprendiendo á los batallones y haciéndolos prisioneros hasta hacerse dueño de un campamento.

En el primer caso, es un reto desesperado á la muerte, hay algo que aliente el corazón, los ecos de la artillería, los gritos de la pelea, las nubes del humo, el olor de la pólvora, que es el incienso de la batalla, y la vista de una bandera acribilada por el bronce, que se ostenta como una vela en las borrascas marinas. ¡Todo esto á la luz reverberante que saluda el campo ensangrentado de la lucha!

La sorpresa tiene algo de sombrío.

Una arma que se dispara, una voz de alarma, un instante de resistencia, una circunstancia cualquiera, por insignificante que sea, puede hacer fracasar el mejor golpe de mano.

Es una situación nerviosa y comprometida.

Las sorpresas se efectúan, regularmente de noche.

La sorpresa es hija de las tinieblas.

Hay un peligro eminente, terrible, en penetrar á un campamento donde puede provocarse una lucha personal, ventajosa una vez que se rehagan los sorprendidos, y no alcanzar la muerte gloriosa del que cae sobre la arena del combate.

Hay un dolor que pudieramos llamar expansivo; que se despierta á la vista de un campo de batalla; que hace afrontar ese peligro que nos rodea por todas partes; que está en el terreno, en el cielo, en la atmósfera; enemigo gigante que combatimos sin personalizarlo, sin ver al individuo.

El hombre que dirige la masa sobre la masa; la multitud que arrolla.

Hay sangre y no se ve la herida; hay cadáveres y se ignora de quien sean.

En el peligro á grandes rasgos, horizontes sangrientos, nubes de polvo, alaridos, confusión, y matanza, en que el hombre se envuelve para aparecer después entre los vencedores, ó exánime sobre aquel terreno escarbado y aquel campo de muerte y desolación.

Ese es el valor de los combates.

El valor *personal* se concentra en un sólo objeto, le desmoraliza todo aquello que lo divaga, se concreta á un sólo punto, es una arma de fuego puesta sobre el blanco, busca al individuo y su acción es una; le contraría pelear en filas, busca el acero de su enemigo y quiere hallarse frente á frente de su antagonista.

Este es el valor temerario que se necesita para una sorpresa.

II.

Hemos dicho que el general Escobedo llamó al general Vélez: éste se presentó al llamado de su jefe.

—Señor general, dijo Escobedo, se necesita del valor de usted para un empeño resgoso.

—Estoy á las órdenes de mi general.

—He tenido noticia de que la tropa que defiende el fuerte de la Cruz se halla un tanto desmoralizada, además de que la fatiga los tiene al rendirse; me parece fácil una sorpresa.

La palabra estaba dicha; no había más que recogerla.

Vélez no se intimidó.

—Como disponga el señor general el movimiento, será ejecutado.

Le dejo á la discreción de usted y á su valor. ¿Que general le parece á usted más apto?

—Todos lo son igualmente; pero yo daría el honor de la preferencia á Chavarría.

—Déle usted las órdenes que estime convenientes.

—Un repique en la torre de la Cruz avisará á usted el resultado de la combinación.

—Yo estaré á la expectativa para auxiliarlo en cualesquiera evento.

—Estas cosas, una vez pensadas, deben efectuarse, dijo Vélez; en este momento marchó sobre la Cruz.

—Elija usted tropa.

—Supremos Poderes y Nuevo León.

—Están á las órdenes de usted; nos daremos un abrazo en la Plaza de Querétaro, dijo Escobedo con esa fé que siempre lo ha acompañado en su vida de militar y en los lances más serios de su existencia.

Vélez estrechó la mano del general, y se salió á conferenciar con su compañero de armas Chavarría, á quien vieron nuestros lectores en la caravana de los desterrados á Yucatán.

Ya puede comprenderse la mella que le había hecho el ostracismo.

Hay hombres, como dice el vulgo, que *no tienen remedio*.

III.

Daban las dos de la mañana cuando Vélez y Chavarría, arrastrándose como dos culebras entre el bosque de los órga-

nos, que circulaban el punto de la Cruz, se acercaban á la barda peligrosa del cementerio.

Llenos de precauciones, no tanto por el temor de perder la vida, sino por el de fracasar en la empresa delicada que se les había encomendado, se acercaron al parapeto donde estaba colocada una pieza de grueso calibre llamada la *Tempestad*.

Se oían gritos y voces como de personas que se entregaban á la expansión que proporcionan los licores.

Efectivamente, aquellos infelices soldados, á falta de alimento, tomaban aguardiente.

Habían visto los preparativos de marcha, y no hay cosa que más alarme á la tropa, que esos preliminares de fuga, en que los jefes, próximos á abandonar el campo, dejan comprometidos á sus soldados, ó van á ofrecer su sangre en la última refriega como precio de su salvación.

—Compañero, decía el sargento á otro de igual clase, nos van á dejar *encampanados*; el regimiento de la emperatriz está dispuesto para la salida.

—Sí, ¡ya he observado lo que pasa; todos los señores *extranjeros* se escapan esta noche.

—¡Demonio!

—Esto de caer prisionero ya no nos debe asustar; de filas á filas, todo es lo mismo.

—Yo lo que temo es el *momentito de la agarrada*.

—Estos *pica muertos* son endiablados.

—Como que la caballería no sirve para nada.

—Menos la del Norte, que nos hizo pedazos con sus malditos rifles el día 27.

—De qué le sirve á uno exponerse todos los días, si al fin se pierde cuando menos lo piensa.

—A mí me dan lástima los jefes, eso si no alcanzan indulto.

—Amigo, los pobres son los que *pagan el pato*; esos señores jefes tienen empeños particulares.

—Antes como antes, y ahora como ahora.

—Ya veremos.

—Lo que no han visto, es que ya la tropa no quiere pelear con ese parque tan malo, las cápsulas de papel no sirven, y la pólvora está buena para fuegos artificiales.

—Además, que los compañeros se están pasando al enemigo.

—Ya llega la hora en que cada uno jale por donde pueda.

—Esto no dura dos días.

—Ya lo creo.

—Durmiremos un rato, estamos desvelados.

—Sí, descansenos mientras que amanece.

IV.

Vélez y Chavarría comprendieron por esta conversación, que aquella tropa estaba desmoralizada.

Volieron con las mismas precauciones á su campo, y organizaron violentamente unas columnas con los arrogantes cuerpos de Nuevo León y Supremos Poderes, y emprendieron su marcha en el mayor silencio hacia el parapeto donde la *Tempestad*, cargada á metralla, los había recibido en cuantos ataques intentaron sobre el convento de la Cruz.

Serpeando entre los *órganos*, llegaron lo más próximo que era posible, sin ser vistos del enemigo.

—Vélez y Chavarría se arrojaron con denuedo sobre el parapeto, seguidos de Lozano, Rincón Gallardo, Yepes, y de los soldados, que tenían orden de no disparar sus armas sino hasta el último trance.

Cuando el centinela dió el grito, ya lo habían rodeado y hecho prisionero.

Los soldados dormían junto á sus armas.

Inmediatamente se las recogieron, y despertándolos con los fusiles á estrujones, los hicieron prisioneros, y con una pequeña custodia los enviaron al campo republicano.

Siguieron las columnas hasta la barda del cementerio, penetraron por la horadación sorprendiendo al centinela y á todo el retén.

—Una voz fuerte preguntó: ¿quién vive?

Aquel momento era el decisivo.

Nadie respondió á la pregunta.

—¿Quién vive? tornaron á preguntar.

Entonces Vélez y Chavarría se acercaron al jefe que les dirigía la palabra, y antes de que pudiera hacer movimiento alguno, le pusieron las pistolas en el pecho y lo amenazaron con la muerte si hablaba una sola palabra.

—¿Quiénes son ustedes? pregunto en voz baja.

—Yo, dijo Vélez mostrándose al jefe.

—¡Mi general! murmuró aterrizado; yo les indicaré todos los puntos si ustedes me ofrecen que ya no habrá efusión de sangre.

Vélez amartilló la pistola, y dijo al coronel del regimiento de la emperatriz, pues no era otro el que tenía delante:

—Si usted falta á su palabra, le levanto la tapa de los sesos.

Chavarría y Vélez le tomaron por los brazos.

—Vamos al panteón, dijo el coronel.

A los pocos minutos sorprendieron á la Guardia extranjera

Algunos miserables exclamaron;

—“¡Somos de la guardia del emperador!”

Se les contestó á bayonetazos.

Rodearon al convento de la Cruz y Chavarría se dirigió á San Francisquito con una sección de Supremos Poderes.

El movimiento estaba consumado.

Las campanas de la Cruz anunciaron que el punto más fuerte de la línea imperial estaba en poder de los republicanos.

Dentro del convento estaba Maximiliano.

Luego que se esparció lo noticia de que las fuerzas de Escobedo habían penetrado en la plaza comenzó el desorden más terrible.

Vélez envió otra columna sobre San Francisco cuyo punto no hizo la menor resistencia.

Los batallones comenzaron á tirar las armas y á rendirse á discreción, los jefes se presentaban á entregar sus espadas, todo era confusión, desorden, atolondramientos.

En medio de ese desorden se oía vagar una palabra que corría como la chispa eléctrica ¡TRAICION! ¡TRAICION!

V.

El Coronel mostró la entrada del Convento y el valiente Yepes tomó violentamente las alturas del edificio.

En medio de aquella catástrofe y de aquel espantoso desorden, el Coronel desapareció de entre los primeros sin que lo notasen los centinelas, y se dirigió apresuradamente á la celda del Emperador, á cuyos oídos llegaba aquel rumor sordo como el que precede á las erupciones volcánicas.

Vélez, Chavarría, Lozano y Rincón se daban prisa para concluir cuanto antes las operaciones, porque la luz de la mañana les sería funesta toda vez que los sitiados vieran que la fuerza que los había sorprendido se encontraba en absoluta minoría.

Volvieron la artillería hacia la plaza y comenzaron á disparar las piezas para introducir más confusión en el campo enemigo.

Las fuerzas republicanas que se hallaban en el Cimatario, y que no estaban al tanto de lo que pasaba en la plaza, rompieron el fuego sobre ella, sin saber que ametrallaban á sus compañeros.

Vélez mandó inmediatamente aviso de lo que pasaba.

Entonces el ejército en masa bajó de las lomas sobre la ciudad.

Escobedo penetró en medio de la multitud, habló algunas palabras con Vélez y salió á todo escape.

Llegó donde estaban las caballerías, las organizó instantáneamente y previendo que los derrotados se refugiaron en el Cerro de las Campanas donde había un cuerpo de ejército, avanzó con sus columnas sobre la posición.

El general Miramón montó á caballo y se encaminó al Convento de la Cruz.

La columna republicana que avanzaba al centro de la ciudad hizo un disparo.

Una bala hirió el rostro del general.

Comprendiendo que todo estaba perdido, huyó buscando refugio en la casa de un médico.

La tropa que guarnecía el perímetro de la ciudad se encontró abandonada y se declaró vencida ante el enemigo.

Grupos de dispersos huían al Cerro de las Campanas, corriendo la palabra como punto de reunión.

Reventó la luz en el horizonte alumbrando el campo de la derrota con la faz más sombría y aterradora.

VI

Hemos dicho que el Emperador Maximiliano se había apercebido de lo que pasaba á su derredor sin comprender todo lo espantoso de la realidad.

Abrió la puerta á los llamados violentos del Coronel.

—Este hombre ha cometido un crimen, murmuró al ver el semblante cadavérico de aquel desgraciado.

—Señor, exclamó el Coronel, estamos perdidos sálvese V. M., los republicanos se han apoderado del Convento.

—¿Y cómo salvarme? preguntó Maximiliano sin poder ocultar su emoción.

—Huyamos por las horadaciones, un hombre de mi confianza acompañará á V. M. hasta sacarlo de la plaza.

El Emperador vacilaba.

El Coronel tomó una de sus manos.

—Señor, ¡en nombre del cielo salvaos! yo llevaré á V. M. á una casa, allí permanecerá oculto esta noche ó el tiempo que necesite hasta dejar la ciudad.

En las torres de la Cruz se dejaba oír el repique del triunfo.

Maximiliano se sintió desfallecer.

Las campanas de San Francisco se lanzaron á vuelo respondiendo á los sonoros ecos de la victoria.

—¡Huyamos! ¡huyamos! insistía el Coronel con la faz des-

compuesta y los ojos extraviados, estoy sufriendo una horrible agonía al ver en peligro la vida de V. M.....pronto vendrán á esta celda y V. M. será presa del escarnio, y verterán su sangre y.....nó, huyamos, huyamos, esto es espantoso.

—¡Mi caballo! dijo trémulo Maximiliano.

Ricardo III había gritado también en la última batalla: "*mi reino por un caballo.*"

—Venid, señor, salgamos por el camino cubierto.

—Nó, me sorprenderán huyendo, afrontemos de una vez el peligro.

El emperador salió de la celda procurando dominar su emoción.

Atravesó el claustro, bajó las escaleras, cruzó los patios y se encontró en el cementerio.

El espantoso cuadro de la derrota se presentó á su vista con toda su deformidad.

Las piezas vueltas contra aquellos hombres que las habían jugado durante sesenta y tres días sobre los sitiadores.

Las armas hacinadas en el cementerio, las banderas perdidas, los batallones disueltos, las cajas guerreras rotas y despedazadas.

Los soldados sin uniformes, disfrazados y llenos de terror ante las fuerzas vencedoras.

El emperador siguió su marcha como extraño á cuanto pasaba en su derredor.

Un grupo de fieles servidores le seguía dispuesto á dividir el cáliz emponzoñado de su destino.

El coronel le presentó su caballo á Maximiliano y á la comitiva.

El Emperador tuvo un momento de esperanza, saltó sobre el corcel que relinchaba impaciente, azotóle con el fuste y se lanzó ligero como un rayo en dirección al Cerro de las Campanas.

Su caballo corría espantado como el caballo del Apocalipsis.

VII.

Subió con precipitación sobre las rocas gigantescas del cerro, y quiso dirigirle la palabra al coronel.

El coronel había desaparecido, y vuelto al convento de la Cruz á constituirse prisionero del ejército de la república.

Los dispersos llegaban en bandadas.

En vano se esforzaban en dar organización á aquella multitud que veía acercar imperturbables las columnas de Escobedo en dirección al último baluarte.

Introdújose el desorden entre los refugiados.

Maximiliano se sintió sobrecogido de terror ante ese espectáculo sombrío de su pérdida.

Veía que los soldados entregaban sus armas, que los jefes se daban prisioneros al enemigo, y que aquel grupo de valientes que lo habían seguido á la fortaleza, no harían más que comprometer su situación caso de una resistencia.

Se espantó ante la sangre, vió desaparecer sus sueños imperiales, retrocedió anonadado y lloró como Boabdil al perderse el reino de Granada.

VIII.

Levantóse en una bayoneta puesta en un fusil una bandera blanca.

El imperio se rendía ante aquella república proscrita, que había atravesado á pie enjuto el mar Rojo de la revolución y del infortunio para llegar á la tierra prometida de la victoria.

Entonces el general Escobedo se adelantó con su Estado Mayor.

El Emperador bajaba por las rocas á su encuentro.

Imagen de la fortuna, reflejo vivo de aquella terrible situación.

Maximiliano descendía del pedestal de su gloria, y Escobedo representante de la república, ascendía á la cumbre de salojada por la usurpación.

Aquellos dos hombres se encontraron.

Vencido y vencedor se tendieron la mano.

La fortuna y la desgracia se apersonaban.

El genio de la victoria y de la derrota se saludaban sobre el campo de los combates.

En aquellas rocas se destacaban dos grandiosas figuras de la historia contemporánea.

El imperio y la república.

Sobre el monumento de granito las dos entidades del siglo

XIX.

La idea democrática y el absolutismo.

Maximiliano desenvainó la espada que ya le abrasaba la mano y la entregó al general republicano, como Francisco I á Carlos V después de la batalla de Pavia.

CAPITULO VIGECIMOSEGUNDO.

LA CIUDAD DE LOS MARTIRES.

I.

El sitio de México se estrechaba más y más cada día.

El general Riva Palacio, á quien Escobedo confió la guardia del ilustre prisionero de Querétaro, luego que lo dejó asegurado en la celda del convento de la Cruz, emprendió su marcha para reforzar con su orgullosa división el ejército de Porfirio Díaz que seguía avanzando sus paralelas por el rumbo del Norte.

El pueblo de la capital salía en masa por las garitas buscando como centro de recursos la ciudad de los Mártires.

El cuartel general nombró á Miguel Veraza Prefecto Político y Comandante Militar de la Plaza.

Ya el lector conoce á este individuo y más aún la tenacidad de su carácter.

Veraza tiene un corazón envidiable por su generosidad, tan destituido de malos sentimientos como de cabellos, su infeliz mollera.

Veraza alojó á cuantas familias solicitaron su auxilio.

Los palacios de Barron y Escandón los convirtió en hoteles gratis.

Aquellos suntuosos edificios fueron "profanados," como decían los conservadores, por el pueblo emigrante.

No quedó una sola casa en Tacubaya que no estuviese literalmente llena de huéspedes, hasta en los patios y caballerizas.

Cuando todo estaba ocupado, Veraza alojó al pueblo en la alameda.

Las familias acudían á tomar posesión de un árbol y se agrupaban en derredor, teniendo por toldo las frondosas ramas de los fresnos.

Las calles formadas por la arboleda estaban ocupadas con vendimias á un precio baratísimo.

La inmigración continuaba.

Entonces aquel infatigable Prefecto llevó á la multitud trashumante á las plazas y calles principales.

No había zaguán, ni recodo, ni banqueteta, ni escondrijo, ni pared que no tuviera su ración de huéspedes.

Aquella gente formaba una masa compacta estrecha, que

se rebullía, se agrupaba, se amontonaba, se confundía y levantaba como un solo pulmón, un rumor vago como el del océano al comenzar de la tormenta.

El campamento estaba fuera de la ciudad, bajo sus tiendas de campaña, semejantes á esas bandadas de aves peregrinas que se tienden en pos de frescura sobre las praderas.

Los truenos lejanos de la artillería hacían recordar que aquello no era una fiesta.

No obstante, reinaba la alegría y la cordialidad en todo aquel pueblo que estaba de temporada en la ciudad de los Mártires.

El numerario y el trabajo escaseaban en la plaza y los pobres no podían proporcionarse la subsistencia.

Veraza, con los humildes recursos del patriota Ayuntamiento de Tacubaya, proporeionó semillas.

Entonces, como una avalancha, se precipitaron por su ración de maíz.

Veraza repartió primero palabras de dulzura, después frases que no podemos trasladar al papel, después acudió á la "última razón" de los reyes, sacó la espada y dió sobre los asaltantes.

Apaciguado el motín distribuyeron las semillas.

El cuartel general pedía ramazón para los cestones.

Veraza envió al Monte de las Cruces una pléyade de trabajadores que hacían el corte y trasladaban las ramas al campo con una celeridad maravillosa.

Veraza era infatigable, no tenía horas de descanso, noche y día visitaba á sus huéspedes, y traía y llevaba una de comunicaciones con el cuartel general, que ya los tenía sitiados.

—¿No sabe usted qué tenemos alojado? decía su ayudante á Veraza.

—¿Quién es?

—Es el actor Morales.

—Bien alojado.

—¿Conoce usted á Morales?

—Lo he visto trabajar y me parece bien.

—Morales es el actor mexicano de más capacidad y más humilde que ha pisado las tablas.

—Lástima que sea tan gordo, me parece un alcabalero.

—Eso nada significa, cuando trabaja es buen mozo, arrogante.

—Tiene genio nuestro compatriota: ¿y no querrá ahora mismo decirnos un trozo del Sullivan, por ejemplo?

—Hombre, está durmiendo

—Lo despertaremos.

—No, déjele usted en paz.

—¿Y por qué no duerme en esta pieza?

—No ha querido molestarnos, tiene el defecto de *roncar* estrepitosamente.

—Eso es otra cosa, ya tendrán que habérselas con él, los cuatro oficiales que están en su compañía.

Como si á estas palabras de Veraza se hubiera evocado las sombras de Don Juan Tenorio, aparecieron los cuatro oficiales envueltos en sus sábanas.

—¿Qué pasa? preguntó el prefecto.

—Nada, dijo uno de los fantasmas, es una friolera, el señor nos ha encajado en el aposento á un monstruo que *ronca* de una manera horripilante.

—Oíganle ustedes, dijo otro, nos hemos despertado creyendo que teníamos á un toro por alojado.

En efecto, el actor Morales *herreaba* espantosamente, los pulmones soplaban con la fuerza del órgano de Catedral produciendo una música del infierno.

—Ese hombre es un serpiente de la caballería austriaca.

—Noche toledana, dijo el prefecto, si el genio de ese hombre está á la altura de sus *ronquidos*, ni Talma lo aventaja.

Manuel Travesí dió alojamiento á Morales en la Villa de Guadalupe, y el infeliz tuvo que abandonar su lecho á media noche, porque los ronquidos prolongados del actor son capaces de ahuyentar á un regimiento de lirones.

Travesí maldecía con toda la fuerza de su catolicismo á su huésped, y más á la persona que se lo había recomendado.

—Señores, decía en tono de Otelo, esto se llama un verdadero *grogorito!*

II.

Un correo llegó en aquellos momentos.

Veraza leyó con avidez aquellos pliegos que le remitía el cuartel general.

“República Mexicana.—Ejército de operaciones.—General de Brigada.—Ciudadano General.—Serán las cinco de la mañana de hoy, cuando quedó consumado el movimiento que la noche anterior se sirvió usted confiarme, como fué la toma del fuerte y convento de la Cruz. Media hora después nuestros valientes soldados ocupaban toda la ciudad.—Los batallones Supremos Poderes y Nuevo León, que fueron las fuerzas con que llevé á cabo tan brillante hecho de armas, se han coronado de gloria. Los generales Paz y Chavarría, los coroneles Lozano, ayudante de usted, Rincón Gallardo, Yépez, teniente coronel Margain, todos mis ayudantes y la oficialidad de estos cuerpos han secundado mis disposiciones con precisión y va-

lor: á esto y á la disciplina de aquellos se debe lo acontecido.— Toda la guarnición de esta plaza, su artillería y trenes están en nuestro poder; algunos generales y Maximiliano se me acababan de fugar, tomando el rumbo del fuerte de las Campanas.— Felicito á usted por las glorias que ha obtenido el ejército de su digno mando.—Libertad é Independencia. Querétaro, Mayo 15 de 1867.—Francisco A. Vélez.—Ciudadano General de División Mariano Escobedo, en jefe del ejército de operaciones.”

—¡Arriba todo el mundo! ¡Viva la libertad! Querétaro es nuestro, gritó Veraza dando saltos como un muchacho.

A la media hora los músicos recorrían la ciudad.

En los parapetos se tocaban dianas.

Por todas partes se oían gritos de entusiasmo.

En los proyectiles huecos se pusieron los ejemplares del parte de Vélez y se arrojaron á la plaza sitiada.

Los sitiadores contestaron á cañonazos.

CAPITULO VIGESIMOTERCERO.

UN OGRO.

I.

La noticia circuló instantáneamente en la capital, por más obstinación que opuso el gobierno para desmentirla.

El golpe era terrible para los comprometidos en el imperio.

Márquez estaba acobardado como un miserable.

Llegó después de algunos días su evitante y cinismo, hasta obligar á uno de los generales, que prófugo de Querétaro se introdujo furtivamente á México, á que mintiese descaradamente, rebajándose ante la tropa y la ciudad entera, asegurando que el emperador había triunfado en Querétaro y estaba en marcha para la capital.

Esta noticia fué solemnizada con repiques y salvas de artillería.

Desde el momento en que se jugaban armas tan innobles, la moral estaba perdida.

Todo aplazamiento era infructuoso; sin resultado la prolongación de la lucha.

La ciudad no podía soportar los horrores del sitio.

Los árboles de las calzadas se derribaron para hacer carbón; la harina se había consumido, y nadie tomaba carne sino de caballo.

Los pobres que no podían salir, se alimentaban con carne de perro.

Aquello era horrible y ya sin éxito, toda vez que Maximiliano había rendido sus armas ante la majestad de la república.

El tigre de Tacubaya sabía que para él no habría más que el cadalso.

Hace muchos años que es fruta de horca, y que el cadalso es la cifra tenebrosa de su porvenir.

Encastillado en la capital, quería hundirse como Sansón, rompiendo las columnas del templo.

Sepultar à la sociedad entre los escombros, hacer una tumba común.

Lo acosaba la rabia de la desesperación; los últimos momentos de poder, los consagraba todo entero à la sangre y al robo.

Había desobedecido à su rey, contrariando sus órdenes, y comprometido con una estéril defensa à la capital.

Las exacciones, el robo, la leva, las tropelías todo caracterizaba à aquella alma de hiel y fango, que se anida en la sepultura de su seno.

Ese miserable, falto de fé, desconfiaba de todos para el momento en que México se cumbiese.

Pensó en un refugio negro como su corazón.

Luego que cayó la noche, se dirigió sólo por el rumbo de los Angeles.

Llegó à la puerta del panteón.

El sepulturero salió à su encuentro.

—¿Qué se ofrece, caballero?

—Soy el general Márquez.

—¿En qué puedo servir à V. E.? dijo aterrizado el sepulturero.

—Esperame aquí y guarda la entrada.

—Pase V. E.

Aquel hombre, llevado por su fatalismo, penetró resuelto en el cementerio de los Angeles.

—Aquí, murmuró, al menos no hay nombres conocidos; Valle y Degollado están en San Fernando.

La memoria de aquellas víctimas inmoladas à su venganza, penetró en su alma como la hoja helada de un puñal.

—Yo no he hecho más que aplicar la ley de represalias; ellos me hubieran matado si caigo en su poder.....además, que Zuloaga ordenó su muerte.....¡miserable!..... se aterrizó como un chiquillo y retrocedió anonadado como una mujer,

Quedóse un momento pensativo, como quien, presa de sus recuerdos, entra en la contemplación de los crimines que han salpicado de sangre la faz purísima del alma.

La hora, el sitio, el silencio de la noche, todo contribuía à encender en aquel corazón la llama más sombría del remordimiento.

Su vida pasada, envuelta en los oscuros vapores de la sangre vertida por su mano; sus horas de duelo y proscripción; ese eco terrible lanzado por el mundo entero contra él, condenando sus crímenes; el cielo cerrado, la esperanza perdida, el horizonte de la vida tocando la tumba ignorada, como término de una existencia de maldición.

Aquella miserable era el ente más feliz sobre la tierra; condenado en el juicio humano, sin tener una alma hermana, un corazón compasivo, alguna sombra que cubriera aquel sér de forme y agusanado!

El mundo y el cielo le negaban su entrada.

Entonces aquel hombre, no pudiendo hallar un refugio entre sus semejantes, porque las puertas se cerrarían como si llamase à ellas la desgracia, tocó con mano atrevida las de la tumba.

Corrió al panteón à pedirle à los muertos lo que los vivos le negaban.

Buscó ese lugar que ya ansía su corazón fatigado, y que Dios no le concederá tal vez, porque esos miserables restos están predestinados à pregonar el escarmiento, expuestos en los troncos secos de una encrucijada.

A esa alma perdida se le han negado las lágrimas que pudieran consolarla y redimirla.

Los remordimientos son el primer paso del arrepentimiento

La noche avanzaba.

Se oían à lo lejos los disparos de la artillería sobre la plaza.

Una obscuridad reinaba en el cementerio: sólo por intervalos salían esas fosforescencias que se desprenden de las sepulturas, fuegos fátuos llevados por la corriente del aire.

Aquel hombre no alcanzaba à ver lo que venía buscando.

Entonces se dirigió à la puerta y le habló al sepulturero.

—¿Qué manda V. E.?

—¿Hay algún sepulcro vacío?

—No, señor; ayer tarde se cubrieron los últimos con dos oficiales muertos en los parapetos de Santiago.

Quedóse cavilando aquella hiena, y después dijo resueltamente:

—Saquemos à un cadáver del *nicho*, démosle en el suelo,

El guardián del cementerio sabía que contradecirle à Márquez, era exponerse demasiado.

—Lo que ordene V. E.

—Trae los instrumentos, y pronto, que falta una hora para amanecer.

Entretanto, se quedó recargado à una de las columnas entregado al sonambulismo de la fatalidad.

II.

El sepulturero trajo una barreta, dos azadones y dos palas.

—V. E. me ayudará, porque la operación es laboriosa.

Estoy dispuesto, dijo Márquez; y arrojando la capa tomó uno de los azadones.

En uno de los ángulos del patio comenzaron los dos hombres á cavar la fosa con gran celeridad.

Márquez es raquítico; sin embargo, la calentura del terror le prestaba aliento.

A la media hora habían cavado vara y media de profundidad, por otro tanto de longitud.

—Creo que es suficiente, dijo el sepulturero.

—Está bien.

—Mañana se cumple el número *once*, dijo el sepulturero; saquemos los restos de esa señora.

Esa fecha trajo á su memoria el 11 de Abril de 1859.

—Me es funesto ese número, en vano he procurado olvidarle: este es un aviso del destino.

Con la barreta desprendieron la lápida de mármol.

El sepulturero tiró de la caja.

Márquez esperó á que saliese toda, y la tomó por el extremo opuesto.

El cadáver no estaba disuelto: pesaba demasiado la caja.

Con la humedad, el fondo del ataúd se había separado de los lados adyacentes, así es, que al faltarle el lecho del sepulcro, se desprendió, y el cadáver cayó á plomo sobre las baldosas del cementerio.

Un vapor fétido se exhaló de aquellos restos.

Los exhumadores se retiraron desvanecidos por el olor de los miasmas.

—Concluyamos de una vez, dijo Márquez; y tomando el cadáver, que era de una mujer, procurando envolverla en sus negras vestiduras, lo llevó hasta la fosa y lo arrojó con desesperación.

Las exhalaciones del cadáver lo contagiaron, y retrocedió pálido y convulso hasta apoyar su espalda en los nichos.

Recuperóse con aspiración del aire libre, y ayudó al sepulturero á cubrir con la tierra la sepultura.

Acabada aquella siniestra operación, dijo al guarda:

—Si las fuerzas de Porfirio Díaz toman la ciudad, un hombre vendrá á ocultarse en ese sepulcro abierto.

—Está bien.

—Toma.

—Gracias, señor, es mucho oro para mí.

—Tendrás más ese día.

Embozóse en su capa, y salió diciendo para sí:

—Nadie vendrá á buscarme á la tumba; estoy seguro contra la saña de mis enemigos.

Y se adelantó á la fortaleza de Santiago Tlaltelolco, donde había sentado sus reales.

CAPITULO VIGESIMOCUARTO.

LUZ Y SOMBRA.

I.

Han visto nuestros lectores atravesar al general Fernández con su regimiento rumbo á San Cosme, donde se oían los disparos de la artillería, al tiempo que su novia entraba en la calzada de Chapultepec.

Las tropas de Márquez intentaron una salida por la parte occidental, y se echaron sobre los parapetos de San Antonio de las Huertas, donde Fragozo las detuvo con un grupo de guerrilleros.

Las fuerzas de Tacubaya y las de la Villa de Guadalupe, salieron inmediatamente al encuentro del enemigo.

Duró el tiroteo la mañana entera, sin lograr su objeto los sitiados.

El general Fernández hizo replegar á la caballería austriaca, que apoyaba el movimiento.

La bala de un rifle, dirigida al pecho de Eduardo, atravesó la solapa de la chaqueta, quemando la cartera, que hizo pedazos.

Unas cuantas líneas, y el corazón del bravo general hubiera sido atravesado irremisiblemente.

—Mi general, dijo uno de los Torreños, aquí están los papeles; ¿no le ha pasado á usted nada?

—Me siento perfectamente, respondió Eduardo, y tomó los papeles que le presentó su ayudante.

Recordará el lector que el general Fernández, arrebatado